El tiempo

P: El tiempo es extraño. A veces sentimos que un día es eterno, y otras, los años pasan en un suspiro.

H: ¿Cómo puede ser las dos cosas al mismo tiempo?

P: Porque el tiempo no es solo lo que marca un reloj. Es lo que vivimos, lo que sentimos. Un momento feliz se va volando, pero cuando esperamos algo con ansias, parece no llegar nunca.

H: Entonces… si no mirara el reloj, ¿el tiempo no existiría?

P: Para ti, quizás no. Pero el mundo seguiría girando, y el sol saldría y se pondría como siempre.

H: Pero si cada día es igual, ¿de verdad pasa el tiempo?

P: No hay dos días iguales. Puede que no lo notes, pero todo cambia, aunque sea un poco. Tú cambias. Yo cambio. Hasta este momento, en el que hablamos, es único. Nunca volveremos a tenerlo exactamente igual.

H: ¿Y cómo hago para darme cuenta?

P: Observa. Escucha. Vive. Cuantos más prestes atención, más notarás que el tiempo nunca se repite.

Llevando su sonrisa hacia el lado derecho, respondió con aire pensativo:

P: Buena pregunta, mi querido Watson… jejeje. Ahora me pregunto yo, ¿qué es observar? Para mí, trasciende lo visual. Observar es ir más allá de lo que los ojos pueden ver. Es sentir, tocar, escuchar… hasta lo que no se dice.

—Hizo una pausa, como si estuviera ordenando las palabras en su mente antes de seguir—.

P: Nuestro cuerpo lo hace sin que nos demos cuenta. Mientras dormimos, las células cambian, las neuronas se reconfiguran, el tiempo sigue su curso… aunque estemos quietos. Por eso, cada día es distinto, aunque parezca igual.

—Miró al pequeño, que en ese momento masticaba un caramelo con aire distraído—.

P: Y con tu pregunta, por ejemplo, me doy cuenta de otra cosa: que no solo te cuido, sino que también me cuidas. No solo te enseño, sino que también me enseñas. No solo estoy para guiarte, sino también para que me guíes.

—Le sostuvo la mirada con una media sonrisa—.

P: Aunque bueno… no sé cómo explicarlo mejor. A veces las palabras no alcanzan.

H: Ah, entonces estamos en problemas, porque si vos no lo podés explicar, menos lo voy a entender yo.

—El padre soltó una risa breve y negó con la cabeza—.

P: Algunas veces uso una metáfora para explicarlo… Como que tengo un fuego dentro.

—El pequeño frunció el ceño, dejó de masticar y lo miró con seriedad —.

H: Pero si hay fuego, te podés quemar. ¡Cuidado! Mamá me dijo que es peligroso.

—El padre dejó escapar una carcajada y se inclinó un poco hacia él —.

P: Jijeé, en parte es peligroso, en parte no. Depende de cómo lo usemos. Pero no hablo de fuego literal, sino de ese fuego que sentimos cuando encontramos algo que nos mueve por dentro, algo que nos hace sentir vivos.

—Se recostó contra la silla y suspiró—.

P: Es ese fuego que aparece cuando empezamos a descubrirnos a nosotros mismos. Cuando, de repente, algo hace clic y decimos: “Es por acá”.

—El pequeño lo observó en silencio, como si procesara la información, pero al cabo de unos segundos volvió a masticar el caramelo con indiferencia—.

H: Bueno, pero si te quemás, igual va a doler.

—El padre entrecerró los ojos con fingida frustración—.

P: ¡Pero que no es fuego de verdad!

—El pequeño encogió los hombros con aire burlón—.

H: No sé… te veo tan convencido que parece que hablás de fuego real.

—El padre se pasó una mano por la cara, conteniendo una sonrisa—.

P: No somos solo días, años, horas o minutos. Somos más que eso. Somos lo que queda después de que la vida nos pase por encima.

—El pequeño lo miró con escepticismo—.

H: Otra vez estás dando vueltas, papá. Siempre decís que hay que ser simples, pero cuando explicás algo, te vas por las ramas.

—El padre entrecerró los ojos, fingiendo indignación—.

P: ¡Ey, te pregunté si me estabas entendiendo y dijiste que sí!

H: Sí, porque quería ir a jugar.

—El padre soltó una carcajada y negó con la cabeza—.

P: Ah, claro, yo aquí abriéndote mi corazón y vos solo pensás en jugar.

—El pequeño, sin dejar de revolver unos juguetes en el suelo, lo miró de reojo y respondió con ironía—.

H: Cuidado, papi, no lo abras demasiado… te podés lastimar.

—El padre lo miró con fingida incredulidad y después estalló en risas —.

P: No es literal, es una expresión…

H: Sí, sí, como lo del fuego. Todo es metafórico con vos.

—El padre sacudió la cabeza y sonrió con resignación. Justo cuando pensaba que el pequeño ya no estaba prestando atención, lo escuchó decir en voz baja—.

H: Igual, cuando cierre los ojos, voy a seguir viendo que me amás. Porque ver no es solo lo que hacen los ojos… es algo que va más allá.

—El padre lo miró sorprendido. Y entonces entendió que, después de todo, había estado escuchando cada palabra—.

Revisar

El padre exhaló con una sonrisa ladeada y miró al pequeño con ojos llenos de curiosidad.

P: Buena pregunta, mi querido Watson… jejeje. Ahora me pregunto yo: ¿qué es observar? Porque para mí, no es solo ver. Es sentir, es tocar, es escuchar lo que no se dice.

El pequeño frunció el ceño y ladeó la cabeza.

H: Pero si no se dice, ¿cómo lo vas a escuchar?

El padre entrecerró los ojos, pensativo.

P: Lo mismo podrías preguntarme del viento… no lo vemos, pero sabemos que está ahí porque lo sentimos.

H: Ah, pero el viento se escucha cuando sopla fuerte.

P: Y a las personas también se las escucha, aunque no hablen. Hay cosas que dicen con la cara, con las manos… incluso con el silencio.

El pequeño tomó un caramelo del bolsillo y se lo llevó a la boca, mascando despacio.

H: Entonces… ¿observar es adivinar lo que piensan los demás?

El padre rió por lo bajo y negó con la cabeza.

P: No, no es adivinar. Es notar. Sentir los detalles. Por ejemplo, aunque todos los días parezcan iguales, no lo son. El cuerpo lo sabe, aunque nosotros no lo notemos.

H: ¿Cómo lo sabe el cuerpo?

P: Cambia mientras dormimos. Las células se renuevan, los pensamientos se reordenan. Cuando despertamos, no somos exactamente los mismos que se acostaron anoche.

El pequeño lo miró con escepticismo, luego bajó la vista y estiró las manos frente a sí, como si buscara una diferencia.

H: Mis manos siguen iguales.

P: Eso parece… pero algo en vos cambió. Aunque no puedas verlo todavía.

El pequeño hizo un puchero y cruzó los brazos.

H: Pero si no lo veo, ¿cómo sé que cambió?

El padre se inclinó hacia él con una sonrisa traviesa.

P: No todo se ve con los ojos.

El pequeño dejó escapar un suspiro exagerado y se dejó caer de espaldas sobre la alfombra.

H: Otra vez con lo de ver sin los ojos…

El padre rió y se acomodó en su silla.

P: Bueno, es que es verdad. Por ejemplo, hay un fuego dentro de nosotros que tampoco se ve, pero está ahí.

El pequeño se incorporó de golpe, alarmado.

H: ¡¿Fuego?! ¡Eso es peligroso! Mamá dijo que no juegue con fuego.

El padre se echó a reír y le revolvió el cabello.

P: Tranquilo, no es un fuego de verdad. Es el fuego que nos hace sentir vivos, el que nos empuja a descubrir, a aprender, a encontrar lo que nos apasiona.

El pequeño pareció dudar, pero luego entrecerró los ojos con suspicacia.

H: O sea que… si encuentro ese fuego, ¿me voy a quemar?

El padre sonrió con diversión.

P: Solo si lo ignorás.

El pequeño se quedó en silencio un momento, mascando el caramelo lentamente. Luego, levantó la vista con una media sonrisa.

H: Das muchas vueltas para explicar las cosas.

El padre suspiró con resignación.

P: ¡Pero si te estoy dando respuestas profundas!

H: Sí… pero son vueltas y vueltas.

El pequeño se dejó caer de nuevo en la alfombra, mirando el techo. Luego, sin moverse, murmuró:

H: Igual, aunque cierre los ojos, voy a ver que me querés.

El padre lo observó en silencio.

H: Porque ver no es solo mirar, ¿no?

El padre sonrió, bajó la vista y exhaló lentamente.

P: Exacto.

Cuantos años

El pequeño se acercó con curiosidad, sus ojos brillando con la inocencia de la niñez.

H: Papá, ¿cuántos años tenés?

El padre dejó escapar una risa suave, como si la respuesta fuera una antigua reflexión.

P: Tengo treinta y seis años, hijo. Aunque si me preguntas, ya me siento un poco como un árbol viejo… jejeje.

H: ¿Y cuántos años me faltan para alcanzarte?

El padre se apoyó en el respaldo de la silla, mirando al cielo por un instante antes de responder.

P: Mmmm… algunos años, Pipi. Pero las edades, ¿sabes?, no se miden solo en años. El tiempo es como el viento, no se ve pero se siente.

El pequeño frunció el ceño, como si estuviera tratando de entender un enigma.

H: ¿Y cómo se siente?

El padre sonrió, con una chispa de sabiduría en los ojos.

P: Como cuando cierras los ojos y sientes la brisa en tu rostro. Como si el aire te hablara en un idioma secreto.

El pequeño, asintiendo, parecía procesar la idea, pero luego volvió a su pregunta inicial.

H: Papá, cuando sea grande voy a comprarles una casa a mamá y a vos. Y será grande, con muchas habitaciones.

El padre dejó escapar una pequeña carcajada, entrelazando sus dedos mientras miraba al pequeño.

P: ¡Vas a ser millonario, Pipi! Pero, ¿sabes algo? No es necesario tener muchas casas. Lo que importa es dónde guardas tu corazón.

H: ¿En la casa?

P: No, en el alma. Porque tu alma es tu verdadera casa, el lugar donde puedes encontrar paz, sin importar cuántas paredes te rodeen.

El pequeño frunció el ceño, con la seriedad propia de quien empieza a cuestionar la realidad.

H: ¿Y yo qué tengo que hacer con el alma? ¿Cuándo la encuentro?

El padre se inclinó hacia él, con una mirada profunda y suave.

P: Ya la tienes, hijo. El alma no se busca como un objeto perdido. Se siente, como el sol que calienta tu rostro, pero no lo puedes tocar. Lo único que tienes que hacer es ser tú mismo, dejar que esa luz brille desde adentro.

El pequeño lo miró, sin entender del todo, pero con una expresión de fascinación.

H: Entonces… ¿no es necesario tener dinero para ser feliz?

P: Exactamente. El dinero puede construir casas, pero el amor y la paz que sientes en el corazón no se pueden comprar. Esa es la verdadera riqueza.

H: Jejeje, ¿y yo voy a ser rico entonces?

El padre rió suavemente, acariciando la cabeza del pequeño.

P: Sí, Pipi. Pero la riqueza de la que hablo no tiene precio. La paz que sientes cuando ves el cielo o cuando estamos juntos, eso es lo más valioso.

El pequeño se quedó pensativo por un momento, mirando al cielo desde la ventana. Luego, con una sonrisa traviesa, lanzó una nueva pregunta.

H: ¿Y cómo sé si encontré el alma?

El padre suspiró y miró hacia el horizonte, como si viera más allá de las palabras.

P: El alma no se encuentra, se reconoce. Es como cuando te despiertas de un sueño profundo y sabes que estás en casa, aunque no hayas llegado a un lugar. Lo sientes en cada paso, en cada sonrisa. Y te da fuerza, porque el alma está conectada con todo lo que nos rodea, con el universo entero.

H: ¿El universo? ¿También tiene alma?

P: Sí, todo lo que existe tiene un alma. Las estrellas, los árboles, el viento, los seres humanos. Estamos todos conectados, formando una sola corriente que fluye a través del tiempo y el espacio.

H: ¡Eso suena a magia!

El padre sonrió, viendo cómo los ojos del pequeño se iluminaban con ese toque de maravilla tan característico de la infancia.

P: Es magia, sí… la magia de estar vivos, de ser parte de algo mucho más grande que nosotros. Y mientras caminas por la vida, solo tienes que recordar que eres esa magia. No importa si eres pequeño o grande, el alma no tiene medida.

El pequeño, aunque un poco confundido, asintió lentamente, como si algo profundo hubiera tocado su interior.

H: ¿Y cuando crezca, voy a saber todo eso?

El padre se recostó hacia atrás, con una sonrisa tranquila.

P: No, hijo, no tienes que saberlo todo. Solo tienes que recordar una cosa: la vida es un viaje. A veces, la respuesta está en el camino, no en el destino. Y mientras más camines, más te irás encontrando a ti mismo.

El pequeño se quedó en silencio, mirando al padre, y luego, con una mirada llena de confianza, dijo:

H: Bueno, mientras me encuentre a mí mismo, te voy a cuidar. Y cuando sea grande, te voy a hacer una casa con alma, como la tuya.

El padre sonrió, tocando suavemente su corazón.

P: Y yo, Pipi, siempre te cuidaré. Porque el alma es lo único que nunca se pierde, y siempre nos mantiene conectados.

HUMANOS

P: Pensaba, Pipi, en un lugar en el que no existan los "hombres" ni las "mujeres", o dicho de otra manera, en un mundo sin "fuertes" ni "débiles"...

El pequeño, con su mirada curiosa y su mente en proceso de descifrar el misterio, interrumpió con una sonrisa traviesa.

H: ¿Papá, qué hay entonces? ¿Monstruitos? ¡Jejeje!

P: Jejeje, no, Pipi, no hay monstruitos. Aunque, si quieres llamarlo así, podrías decir que son seres llenos de luz, seres humanos. Déjame explicarte. Imagínate un lugar donde las diferencias no se ven a través de lo que tenemos entre las piernas o la fuerza física que poseemos, sino en lo que somos capaces de crear, de sentir, de compartir. Un lugar donde todos somos iguales no por nuestra apariencia, sino por la esencia que nos mueve. Porque, ¿qué somos, Pipi, sino nuestra alma?

El pequeño frunció el ceño, procesando las palabras como si tratara de encontrar una respuesta en su interior.

H: Pero... ¿si no hay hombres ni mujeres, entonces no somos nada? ¿Todo es igual?

El padre lo miró fijamente, como si quisiera alcanzar lo más profundo de la esencia del niño, para ofrecerle una respuesta que tocara algo más allá de lo lógico.

P: No, hijo, no somos nada igual. Pero todo lo que somos es mucho más grande que lo que solemos ver. No importa si somos un cuerpo de hombre o de mujer. Lo que realmente importa es lo que cada uno trae dentro, lo que cada uno puede dar al mundo, lo que cada uno puede descubrir de sí mismo. Imagínate que, al nacer, todos traemos una chispa, un fuego interno, un potencial infinito. Este fuego no depende de ser hombre o mujer, no depende de la fuerza física. Depende de lo que decidimos hacer con esa chispa.

El pequeño, siempre con una mente aguda y directa, preguntó con una ligera sombra de duda.

H: Entonces, ¿si no importa ser hombre o mujer, entonces no importa lo que somos en el exterior?

P: Exacto, hijo. Lo que importa es lo que construimos por dentro, el ser que somos y el ser que decidimos ser. Los hombres, las mujeres, todos venimos del mismo lugar, y al final, todos regresamos a la misma esencia. La diferencia está en cómo decidimos vivir nuestra vida, cómo decidimos usar nuestras manos, nuestras palabras, nuestros corazones. ¿Qué harías tú si te dijera que la verdadera

fuerza no está en los músculos, ni en la rapidez, ni en lo que nos dicen que debemos ser, sino en la capacidad de transformar el sufrimiento en sabiduría, el miedo en valentía?

El niño se quedó en silencio, tocando su propio corazón con las pequeñas manos, como si intentara sentir ese fuego al que hacía referencia el padre.

H: ¿Y cómo transformas el miedo en valentía, papá?

P: La valentía no es la ausencia de miedo, Pipi. La valentía es saber que, a pesar del miedo, uno puede avanzar. Es como una semilla que crece en la oscuridad de la tierra. Nadie la ve, pero crece, crece hasta romper el suelo y llegar hacia la luz. El miedo es parte de la vida. Nos acompaña. Pero lo que realmente importa es lo que hacemos con él. Si decidimos dejarnos consumir por él, nos quedamos en la oscuridad. Pero si lo enfrentamos, lo abrazamos, entonces nuestra luz comienza a brillar más fuerte.

El pequeño, asintiendo lentamente, parecía digerir las palabras de su padre, y con un tono de comprensión le preguntó.

H: Pero, ¿por qué a veces las personas no entienden esto, papá?

P: Porque el mundo nos ha enseñado a ver las cosas de una manera muy estrecha, Pipi. Nos han hecho creer que somos lo que vemos, que somos lo que se espera de nosotros. Pero, en realidad, somos mucho más que eso. Somos seres de luz, seres con infinitas posibilidades, con la capacidad de crear un universo entero dentro de nosotros. La gente olvida eso, porque tiene miedo de lo desconocido. Pero tú, hijo mío, nunca olvides que lo más importante no es lo que te digan que eres, sino lo que tú decidas ser.

El pequeño se acomodó en su lugar, sus ojos brillando con una mezcla de asombro y curiosidad.

H: Entonces, ¿somos lo que decidimos ser?

P: Sí, hijo. Tú eres lo que decides ser. No hay etiquetas que puedan definirte. Eres un ser humano, con todo el poder del universo dentro de ti. Y nunca dejes que nadie te diga lo contrario.

El niño, con una sonrisa profunda y su pequeño corazón lleno de certezas nuevas, miró a su padre con un brillo especial en los ojos.

H: Entonces, voy a ser todo lo que quiera ser, ¿verdad papá?

P: Sí, hijo. Vas a ser todo lo que tu alma decida ser. Porque dentro de ti ya está todo lo necesario. Solo tienes que recordarlo.

MIEDOS

H: ¡Papá! Si tuvieras que decir algo que te gustaría ser o que te hubiera gustado ser, ¿qué me dirías?

P: (sonriendo) Quise ser muchas cosas, Pipi... deportista, abogado, médico, cerrajero... tantas profesiones que parecían prometedoras en su momento. Pero cuando dices "me gustaría ser", en realidad es una forma de preguntar sobre las posibilidades, ¿no? Porque lo que somos se construye también a partir de lo que soñamos. ¿Por qué me preguntas eso, hijo?

H: (pensando profundamente) Porque yo quiero ser deportista y ganar mucho dinero...

P: (riéndose) ¡Qué lindo, Pipi! Recuerda siempre que antes de todo eso, lo más importante es ser tú mismo. Puedes soñar lo que quieras, pero nunca dejes que ese sueño te impida disfrutar del camino, de lo que haces en el momento presente. El dinero viene, pero lo que más importa es el viaje, no la meta.

H: (mirando al padre con curiosidad) Papá, ¿jamás quisiste ser escritor?

P: (con una leve nostalgia en la mirada) Sí... también pensé en ello, pero tenía miedo. Miedo a que mis palabras no pudieran capturar lo que sentía, a que no fueran suficientes para describir lo que llevaba dentro. No me animé a soñar con eso... (pausa) Pero con el tiempo entendí que el verdadero miedo no era escribir, sino no atreverme a ser yo mismo.

El pequeño, jugando con sus juguetes en el piso, levantó la mirada, sus ojos brillando con una mezcla de curiosidad y picardía.

H: (riendo) Pensé que los papás no tenían miedo. Yo voy a cuidarte, papá. ¿A qué le tenías miedo cuando eras chico? ¿A los monstruitos?

P: (sonriendo suavemente) Los papás tenemos muchos miedos, Pipi. Algunas veces, a la vida misma. A las decisiones que tomamos, a no ser suficientes... A veces le tenemos miedo al éxito, a fracasar, a reírnos de nosotros mismos. Incluso tenemos miedo a ser nosotros mismos, a mostrar lo que realmente somos. Esos miedos, hijo, se mezclan con los miedos a lo diferente, a lo extraño. A veces, esos miedos nos alejan de lo que realmente somos y queremos. Pero esos miedos no se comparan con los que otros han vivido... por ejemplo,

mamá, tus tías, tus abuelas... ellos han tenido que lidiar con miedos que nosotros no podemos imaginar. Miedos simplemente por ser quienes son, por ser mujeres. Esos miedos son parte de su viaje. Ojalá que las cosas cambien algún día, y que no tengan que sentir miedo al caminar solas por la calle...

H: (con un aire pensativo) Papá, ¿vos escribiste alguna vez?

P: (mirando al horizonte, como si reviviera un recuerdo) Sí... escribí lo mejor de lo mejor que he vivido. Escribí mi vida, Pipi. Es curioso, pero al principio no me di cuenta. No entendía que la vida misma era el mejor libro que podía escribir. Al final, me di cuenta que podía crear mi propia historia, que no necesitaba de otras voces para darme forma. Yo era el escritor de mi propio destino, el protagonista, el director... Y fue, por mucho, la aventura más grande que he vivido. No siempre fue fácil. Pero, con el tiempo, entendí que lo importante no era el final, sino cada uno de los momentos, cada palabra que decidí colocar en este viaje llamado vida. Y dentro de esa historia, Pipi, estás tú... eres parte de lo mejor que me ha pasado. Eres la página que más aprecio en este libro que sigo escribiendo.

H: (sonriendo, con una luz en sus ojos) Entonces... ¿escribimos juntos, papá?

P: (mirándolo con ternura) Claro que sí, hijo. Cada día, escribimos juntos. Cada momento que compartimos es un capítulo más. El viaje que compartimos, cada risa, cada pregunta, cada miedo y cada sueño... todo eso es parte del libro más hermoso que estamos creando. Y nunca olvides, Pipi, que tú eres el protagonista de tu propia historia. Siempre vas a escribir lo que tú decidas. Y eso es lo más hermoso de todo.

FLUIR

H: (Con voz risueña y llena de inocencia) ¡Papá! No me salen las vueltas mortales… ¿las hacemos juntos?

(El pequeño se levanta con entusiasmo, con sus ojos brillando de curiosidad y un leve toque de asombro.)

P: (Con tono pausado y meditativo) Claro, Pipi, pero un ratito, ¿vale? Papá está trabajando. Las vueltas mortales son como una danza con el destino: se aprenden con práctica y con el tiempo. Son como esos pasos de baile que nos enseñan a fluir en la vida.

H: (Con energía infantil) Bueno, entonces, ¡vamos a practicar!

P: Espera un momento. Voy a traer el colchón a la terraza para hacerlo juntos. Recordá, Pipi, que papá ya está grande y hay cosas que se hacen más despacio. Voy a intentarlo, pero no te prometo que lo haga perfecto.

(Mientras el padre se mueve a preparar el espacio, el pequeño se sienta en el piso y observa cada gesto, moviendo la cabecita en señal de asombro y aprobación.)

H: (Explicativo, imitando lo que ha visto) Mirá, papá: vos apoyás una mano así y girás; después tomás impulso y caés controladamente. ¿Ves? Yo te muestro cómo se hace.

P: (Con orgullo y reflexión) Ahí te salió, Pipi. ¿Por qué me dijiste que no te salían? Yo veo que lo haces muy bien.

H: (Con un toque de frustración infantil) Sí, ahora me sale, pero cuando quiero hacer varias seguidas, se me descontrola.

P: (Mirándolo con ternura y serenidad) Tal vez debés dejar que todo fluya, Pipi. La vida, como una danza, tiene su propio ritmo. Con paciencia y práctica, vas a encontrar el compás que te permita seguir la melodía del momento. Es como cuando el río no se resiste al camino y se rinde, dejándose llevar hacia el mar.

(El pequeño frunce el ceño, tratando de descifrar esas palabras tan grandes para su corta edad.)

H: (Con voz temblorosa de asombro) Paaaa, mirá cómo te miro… ¡no entiendo cuando hablas tan difícil! ¿Fluir? ¿Qué significa eso?

P: (Pausado, mirando al horizonte con ojos llenos de reflexión) Fluir, Pipi, es dejar que la vida se mueva sin resistencia. Es permitir que cada instante se despliegue como una pincelada en el lienzo del tiempo. Significa dejar ir lo que nos frena y abrazar el cambio, como el sol que se eleva cada mañana sin esperar nada a cambio.
(Con una sonrisa enigmática) Es, en definitiva, dejarse SER… sin máscaras ni límites, simplemente viviendo cada segundo con intensidad y apertura.

(El pequeño se encoge de hombros, con la mirada inocente y curiosa, mientras intenta captar el significado de aquellas palabras profundas.)

H: (Con voz suave y sincera) Papá, a veces yo solo quiero abrazarte... o que me abraces. ¿Será eso fluir? Porque ese deseo lo siento muy adentro, sin explicaciones.

P: (Acercándose y colocando suavemente su mano en el hombro del pequeño) Tal vez, ese abrazo, esa cercanía que sentimos, sea una forma de fluir. Es como cuando dos ríos se unen y se convierten en uno solo, sin perder la esencia de cada uno. En cada abrazo, encontramos la conexión con nuestro ser más profundo, y eso, Pipi, es la magia de dejarse llevar.

(Se crea un silencio breve, cargado de una paz que parece detener el tiempo, donde padre e hijo sienten la presencia del universo en un simple gesto.)

P: (Con voz aún más pausada y reflexiva) Cada vuelta mortal, cada paso que damos, es un recordatorio de que el camino se construye poco a poco. Fluir es dejar que la mente se libere, como el viento que acaricia las hojas, y al mismo tiempo, vivir con la intensidad de quien sabe que cada instante es un regalo. Es encontrar en cada error y en cada acierto la esencia de lo que somos.
(Con un suspiro leve) Es, en definitiva, un viaje hacia lo interior, donde cada movimiento nos enseña algo sobre la vida, la alegría, y hasta la tristeza.

H: (Con la voz llena de inocencia y asombro) Entonces, ¿fluir es como dejar que la vida me abrace y me enseñe a ser feliz?

P: Exacto, Pipi. Fluir es dejar que la vida te sorprenda, es dejar que cada día te revele un poco más de quién eres. Y mientras practiquemos juntos, en cada vuelta y en cada abrazo, descubriremos que lo más importante es aprender a bailar con el tiempo, sin miedo y con el corazón abierto.

(Ambos se miran, conectados por esa profunda verdad que se transmite en cada gesto y palabra, listos para seguir explorando el ritmo de la vida.)

SER DE ESCAMAS

H: (Con voz soñadora y llena de inocencia) Papá, me gustaría ser un pez para nadar en el mar muy profundo. Sería un tigurón grande, grande y nadaría muchísimo.

(El pequeño mueve sus manitas en el aire, como si ya imaginara el vasto océano.)

P: (Con tono pausado y reflexivo) Pipi, si fueras pez, solo estarías en el agua. No podrías salir a la playa, andar en bicicleta ni hacer deportes en tierra. En teoría, te limitarías a ese mundo acuático.

(El pequeño levanta la cabeza, con una mezcla de picardía y asombro en sus ojos saltones.)

H: Pero, papaaaa, ¡no es para tanto! Es solo un juego. ¿Por qué los peces tienen escamas y nosotros no? Y si tuvieras que elegir un pez, ¿cuál serías?

(El padre se recuesta un instante, mirando al horizonte como si buscara respuestas en el vaivén de las olas.)

P: Mmmm… Supongo que las escamas son su armadura natural, esenciales para su supervivencia, crecimiento y desarrollo. La verdad es que no sé todo sobre peces, pero imagino que su vida depende de ellas. Yo, por ejemplo, tal vez sería un pez payaso... (Ríe suavemente) porque, ¿por qué no? A veces, la alegría se refleja en lo más inesperado.

(El pequeño estalla en risas y, con tono burlón, pregunta con su voz aguda.)

H: Jejeje, ¿y por eso vas a tener una nariz de payaso, papá?

(El padre ríe con ternura y se sienta junto al pequeño, invitándolo a compartir un momento de complicidad.)

P: No, Pipi. La nariz de payaso sería solo parte del disfraz de ser divertido. Pero piensa: nosotros no tenemos escamas como los peces, porque vivimos fuera del agua. Cuando juego, hasta me sale tierra en las uñas.

H: (Con mirada curiosa) Pero papá, ¿seguro que todos los peces tienen escamas? Porque un tigurón, por ejemplo, no las tiene, ¿o sí?

P: (Asintiendo con una sonrisa) Buena observación, Pipi. No todos los animales acuáticos tienen escamas. Esa diversidad hace que el mar sea tan hermoso y lleno de vida.

(El padre hace una pausa, y con voz suave y casi en secreto, empieza a compartir una reflexión más profunda.)

P: A veces, siento que yo también tengo escamas, pero no las de un pez. Esas escamas son como capas que me cubren y me protegen, pero que a la vez me separan de mi verdadero SER. Cada vez que escarbo en mi interior, trato de desprenderme de ellas, aunque sea doloroso. Es un proceso de autodescubrimiento en el que soy al

mismo tiempo paciente, médico, filósofo... y, a veces, hasta contador de mis propias emociones.

(El pequeño observa al padre, con sus grandes ojos, intentando comprender la magnitud de esas palabras.)

H: (Con voz temblorosa, llena de asombro) ¿Entonces, sacudir esas escamas es como descubrir quién sos de verdad, papá?

P: Exacto, Pipi. Sacudir las escamas es un proceso agridulce, donde poco a poco se revela lo que realmente somos. Es como si, al quitarnos esos miedos e inseguridades, nos encontráramos con nuestro ser auténtico.

(El padre sonríe, mirando al pequeño con ternura y complicidad.)

P: Y volviendo a tu pregunta, si tuviera que elegir qué pez ser, me gustaría ser ese pez evolucionado que está en constante conexión consigo mismo, que sabe quién es en lo más profundo. Las escamas que nos protegen, que nos han permitido sobrevivir en este mundo, a veces se convierten en barreras que nos impiden mostrarnos tal como somos. Pero también nos recuerdan que debemos asumir nuestras responsabilidades, sin escondernos tras ellas.

(El pequeño asiente, su mirada inocente brilla con la fascinación de descubrir nuevos mundos de ideas.)

H: (Con una sonrisa sincera) Papá, entonces, ¿lo importante es descubrirnos y dejar que nuestro ser brille, como un pez que nada libre en el mar?

P: (Con voz cálida y reflexiva) Así es, Pipi. En este viaje de la vida, cada uno debe aprender a nadar en sus propias aguas, a desprenderse de lo que ya no le sirve, y a vivir con autenticidad. No importa si llevamos escamas o no, lo esencial es que, en cada movimiento, en cada error y en cada acierto, descubramos la verdad de nuestro ser.

(Ambos se miran, compartiendo un instante en el que la inocencia se funde con la sabiduría, como si en ese pequeño diálogo se encontrara la esencia misma del vivir.)

BACHES

P: Pipi, ayer estaba pensando en algo que me comentó un amigo hace tiempo. Algo que, en ese momento, no le di mucha importancia, pero que, con el paso del tiempo, se me reveló como algo muy interesante.

(El padre habla con voz pausada y mirada distante, como si reviviera un recuerdo profundo.)

H: (Con voz dulce e inocente) Ok, acá estoy escuchando, papá.

P: Sabés, muchas veces, cuando alguien me cuenta algo, me distraigo como vos en el colegio cuando los docentes explican... se me pasa todo, pero en realidad, es la forma en que el alma absorbe la vida.

(El pequeño frunce el ceño con curiosidad y, al mismo tiempo, sonríe tímidamente.)

H: Puede ser, papá. Aunque a veces, quiero concentrarme y no puedo… pero está bien. (Mira a sus soldaditos esparcidos en el piso.) Estoy jugando ahora con los soldaditos. ¿Querés jugar? ¿Vos tenías amig@s cuando eras chiquito?

(El padre se queda un instante en silencio, recordando.)

P: Tuve algunos amig@s, no muchos, pero los tuve. Aunque debo decir que en mi niñez fui bastante solitario.

H: Ahhh, bueno. (Tras una pausa llena de inocente reflexión) ¿Vamos a jugar o, mejor, me lees un cuento?

P: (Con una sonrisa cálida) Dale, te leo un cuento y mañana jugamos, ¿te parece?

H: ¡Sí! Quiero jugar fútbol, a los soldaditos, a las escondidas… ¡y muchas aventuras!

P: Perfecto, pero también hay que estudiar un poquito, ¿no? Ahora te contaré una historia. Es la historia de alguien con una sensibilidad muy profunda, que ve su vida de una manera muy particular. Hay muchos personajes en ella, y el protagonista, bueno, lo descubrirás al final.

(El padre se acomoda en su silla mientras el pequeño se sienta en el alféizar, expectante.)

P: Imagina que la vida es como un camino lleno de altibajos, de baches que aparecen de repente. Cuando creés que todo anda sobre

rieles, de pronto te topás con un bache. No es para asustarse, es solo parte del viaje. Un amiguito le decía a su compañero en el colegio...

H: (Inocente y curioso) Papá, ¿qué es un bache?

P: Es como un agujero en la tierra, algo que te hace tropezar. Pero esos baches, Pipi, no son solo accidentes; son lecciones, pequeños empujones de la vida que nos mueven de un lado a otro.

(El padre hace una pausa, dejando que la imagen del camino se asiente en el ambiente.)

P: Imaginate que cada bache es como una semilla de fe que, al caer, nos impulsa a crecer. Si te detuvieras un momento y mirás atrás sin perder de vista el presente y el futuro incierto, te darías cuenta de que nunca has estado exento de ellos. Sin esos baches, no serías la persona que sos hoy.

(El pequeño asiente lentamente, con la mirada fija, como si intentara captar ese mensaje profundo.)

P: Te cuento otra parte: Ese amiguito le decía a su compañero que había vivido muchos baches en su vida. Algunos eran baches de pérdida, donde el caos y el dolor se mezclaban con la fragilidad de ser, pero también con el placer de descubrir que, en la dualidad de la vida, somos a la vez débiles y fuertes. En esos momentos, uno se da cuenta de que necesita a alguien, de que el abrazo de otro es el bálsamo que sana.

H: (Con voz suave y llena de asombro) ¿Y vos, papá? ¿Tenés algún bache que te haya hecho descubrir algo grande?

P: (Con un brillo nostálgico en los ojos) Sí, Pipi. Hubo baches en mi adolescencia, en mis estudios, en mis amistades... incluso el amor, en sus formas más complicadas, trajo sus propios baches. Pero, ¿sabés qué es lo más maravilloso? Que uno, al superar cada uno, descubre quién es en realidad. Ese bache especial, que me enseñó a reconocerme, me mostró la fuerza oculta en mi interior.

(El pequeño, con sus ojos grandes y llenos de inocencia, mira al padre como si en él residiera todo el misterio del mundo.)

P: Cada bache, cada tropiezo, forma parte del éxito de este viaje en el mundo que llamamos Tierra. Son como pequeñas señales que nos dicen: “Acá estás, creciendo, aprendiendo, avanzando hacia tu verdad.”

(El ambiente se llena de una calma casi sagrada, mientras padre e hijo comparten ese instante de revelación.)

H: (Con una sonrisa tímida) Entonces, papá, ¿los baches son parte de ser fuerte? ¿De descubrir quién soy?

P: Exacto, Pipi. Los baches nos empujan a descubrir lo que llevamos adentro, a encontrar ese SER auténtico que se oculta tras miedos y dudas. Son, en esencia, el pulso de la vida que nos hace avanzar, a pesar de todo.

(El pequeño asiente lentamente, absorbiendo cada palabra con la claridad de su inocencia, mientras el padre continúa su relato con voz pausada y reflexiva.)

P: Así, en este viaje de la vida, cada tropiezo y cada abrazo que nos reconforta son parte del mismo camino. Nos enseñan a ser resilientes, a aprender y a amarnos a nosotros mismos y a los demás. Porque, al final, los baches hacen al éxito de ver quiénes somos realmente y hacia dónde queremos ir.

(El diálogo se disuelve en un tierno silencio, donde la inocencia del niño y la experiencia del padre se funden en una comprensión compartida del viaje de la vida.)